

AC 12 22

mayores de 25 años, fundamentos de filosofía, guión número 24, el idealismo moderno y el significado de Descartes. El origen del idealismo moderno y el significado de Descartes. Hablando en términos muy generales, podemos decir que durante toda la Edad Media el pensamiento filosófico había estado inspirado en Aristóteles.

Aristóteles quiere decir ante todo realismo. Para el realismo aristotélico y escolástico el mundo es algo claro y explicable, el mundo existe y el yo existe dentro de él. El mundo es inteligible, perfectamente accesible a la mente humana.

Recordemos por ejemplo el desbordante optimismo filosófico de santo Tomás. Para el realismo el conocimiento puede reproducir y reproduce de hecho la esencia de las cosas. A partir del conocimiento sensible se elaboran los conceptos y sobre éstos los juicios y raciocinios.

La verdad del conocimiento no ofrece graves problemas, es la correspondencia entre la mente y el objeto. El conocimiento es para el realismo un reflejo y en él no tiene por qué producirse discrepancia con la realidad. La línea que en la filosofía antigua pasa por Parménides, Platón y Aristóteles se perpetúa a lo largo de la Edad Media, perfeccionada por la escolástica y en especial por santo Tomás, permitía una explicación sólida del mundo.

Las cosas tienen la esencia de su propio ser y son inteligibles. Pero una vez más, como tantas otras veces en la historia de la filosofía, vamos a encontrar en los albores de la Edad Moderna cambios de concepciones ligados a hechos históricos de importancia y al avance de las ciencias. La relación entre la filosofía y las ciencias particulares se revela así como indestructible.

En este caso nos referimos a la fundamentación de la ciencia moderna por parte de Copérnico, Kepler y Galileo. Durante el Renacimiento se afirma en la cultura de Occidente el componente del naturalismo y su resultado lógico habría de ser la formulación científica del mismo. Ya en la escolástica de la última parte de la Edad Media se había registrado una orientación hacia la investigación de la naturaleza, pero fue el Renacimiento el que formuló la Ley de la Autonomía de la Naturaleza.

Faltaba una formulación científica y ésta se va a dar por medio de la reducción de la naturaleza a una realidad mensurable, o lo que es lo mismo, a una realidad sujeta a las leyes matemáticas. Los supuestos teológicos son eliminados de tal investigación, no tanto porque se rechace la existencia de Dios, el hombre renacentista es probadamente religioso, como porque se separa radicalmente la investigación de la naturaleza de la religión. Se le da a la naturaleza, sea cual fuere su origen, un valor propio.

Tengamos en cuenta que se busca cómo medirla y a través de ello cómo explicarla y no a la inversa. Ya con Nicolás de Cusa y Leonardo da Vinci empieza a desbrozarse el camino para tan titánica tarea. Para Leonardo la naturaleza se mueve ya según leyes necesarias y esa necesidad es reductible al cálculo matemático y observable a través de la experiencia.

Esas leyes necesarias excluyen cualquier explicación metafísica de la naturaleza. Pero la auténtica revolución científica ha de venir a partir de Copérnico. La afirmación de Copérnico de que la Tierra gira alrededor de sí misma, de que no es el centro del universo, es hoy una verdad comúnmente admitida.

Igualmente lo es la de los tres movimientos de la Tierra alrededor de su eje del Sol y del eje respecto al plano de la elíptica. Esta teoría científica, hoy universalmente aceptada y tan sencilla para el hombre de nuestros días, significaba un durísimo golpe a la cosmología y a la física aristotélicas. La Tierra ha dejado de ser el centro del universo, ha pasado de ser el planeta preeminente a ser uno más en los espacios.

La Tierra es un planeta periférico, no tiene la posición de privilegio que los antiguos le habían asignado. Se han conmovido los cimientos de la ciencia aristotélica. Kepler añadirá al descubrimiento de Copérnico el de las leyes que regulan el movimiento de los planetas.

A partir de Kepler se confirmarán las intuiciones de Leonardo sobre la posibilidad de medir las leyes de la naturaleza. Con él los cálculos matemáticos van a ser capaces de explicar esas leyes. Y aún ha de aparecer Galileo Galilei para seguir añadiendo sorprendentes descubrimientos al panorama científico de la edad moderna.

Por medio de su telescopio Galileo pudo descubrir los anillos de Saturno, las manchas solares, los satélites de Júpiter, confirmando y desarrollando la teoría de Copérnico en todos sus extremos. Fue precisamente Galileo quien, intentando formular un método científico, llevó a cabo una dura crítica a los aristotélicos, acusándoles de ver el mundo a través de los papeles. Él contraponía a tal cosa la observación directa de la naturaleza como único método de conocerla.

No niega Galileo la existencia de Dios, lo que niega es la posibilidad de estudiar la naturaleza a través de las sagradas escrituras. Y esto es así para él, porque aunque la naturaleza provenga de Dios, está inexorablemente sujeta a sus propias leyes necesarias, al margen de que el hombre sea o no capaz de comprender esas leyes. Al conocimiento de la naturaleza sólo se llega por la experiencia.

Para Galileo el conocimiento humano no sólo parte de la experiencia, sino que no puede tampoco sobrepasar sus límites, no puede llegar a captar la esencia de las cosas. Esta posición ante el conocimiento, fruto de su concepción del mundo, merece ser retenida, pues es ya de corte moderno. Por lo que se refiere al conocimiento de las cosas, se puede determinar su cantidad, lugar, tiempo, movimiento, reposo, contacto, distancia.

El mundo sensible se reduce a cualidades perceptibles, todas ellas por los sentidos, y que son reductibles a cantidad. El método de Galileo es el matemático, pues la cantidad debe ser medida. Para él, la actitud científica está en introducir una unidad de medida en la estructura necesaria de la naturaleza, que permita determinar sus proporciones cuantitativas.

Partiendo de esta concepción de Galileo, tratará más tarde Bacon de extender la ciencia

experimental a todos los dominios de la realidad, con el fin explícito de que el hombre pueda dirigir el mundo. Bacon también hará una durísima crítica a la filosofía aristotélica, a la lógica, declarándola sólo apta para vencer en discusiones verbales, pero incapaz de dominar la naturaleza. No es nuestro propósito explicar en detalle la fundamentación de la ciencia moderna, pero sí nos interesa resaltar el cambio de punto de vista que se opera en el hombre de la edad moderna, a partir del triunfo de la ciencia experimental, especialmente con la sistematización de que fue objeto con Galileo.

La nueva ciencia ataca frontalmente la cosmología y la física aristotélicas. El edificio aristotélico tradicional comienza a resquebrajarse, a entrar en crisis en la conciencia de los hombres de aquella época. Se abre una gran crisis filosófica.

Los sencillos presupuestos de la filosofía realista ya no lo explican todo. Hay problemas nuevos para los que no tienen respuesta. Sin duda, en la crisis del realismo influyeron también otras circunstancias, tales como la aparición del protestantismo, que introduce la polémica en el corazón mismo de la religión cristiana.

La filosofía debe buscar nuevas respuestas a problemas nuevos. La brecha está abierta para que proliferen nuevos puntos de vista filosóficos. De hecho, de esta crisis surgirá una posición nueva ante la propia filosofía.

Antes de pasar a explicar esa posición nueva, permítasenos que a modo de resumen de lo anterior pongamos el acento en la historicidad del pensamiento humano. No hay, por lo que se refiere al pensamiento humano y por tanto a la filosofía, ninguna solución que pueda presentarse como definitiva. El pensamiento del hombre está condicionado históricamente, porque en cada época determinada sobre el filósofo pesan las cosas nuevas y la tradición anterior.

Creemos que no es válida cualquier visión ahistórica del pensamiento filosófico. En plena crisis filosófica y científica entre los siglos 16 y 17, el primer sistema filosófico sistemático que se alza sobre las nuevas bases es el de Descartes. Pero sobre Descartes pesa ya el desencanto filosófico.

Aborda el problema armándose de esa especie de cautela sistemática que se ha llamado método de la duda. Aparte de esta característica, hay que tener en cuenta que Descartes ha heredado del renacimiento la preocupación por el hombre y su relación con el mundo, el reconocimiento de la importancia de la subjetividad humana como objeto de investigación. Esta herencia está en la base de su posición crítica, es decir, de su preocupación por analizar el conocimiento mismo con preferencia sobre la propia realidad.

No es nuevo el tomar la subjetividad como punto de partida. Vimos que así se hacía en el iluminismo agustiniano. Tal cosa no es un nuevo descubrimiento.

Lo nuevo es la adopción de un punto de vista crítico de modo sistemático. La filosofía

cartesiana no comienza ya por responder a la pregunta metafísica, no empieza por preguntarse siquiera qué es, quién existe. La cautela propia de quien hereda el derrumbamiento de anteriores concepciones filosóficas le impide responder a esta pregunta en primer lugar, sin adquirir antes la seguridad de no equivocarse en la respuesta.

Es preciso, por tanto, realizar una investigación previa que permita establecer un método capaz de evitar el error. Este es el significado del método de la duda. Antes de explicar el mundo hay que explicar la recta manera de conducir la razón para que pueda conocerlo sin error.

La base del problema filosófico se ha puesto en el conocimiento. Esta es una posición radicalmente crítica. Lo que interesa a Descartes, y para ello utiliza el método de la duda, es establecer una verdad, al menos una, que sea indudable y sobre la que se pueda construir un auténtico sistema filosófico.

No es que Descartes, hombre, dude. Es que hace de la duda sistemática el método que le permita encontrar la certeza. Ello no puede extrañarnos en filósofos que han visto poner en duda, que han heredado el derrumbamiento de verdades que durante siglos parecieron indudables.

La adopción por Descartes del método de la duda está directamente vinculada al estudio del razonamiento de tipo matemático, y ello no es más que una herencia de lo que implantó, sólidamente, la nueva ciencia de que antes hemos hablado. El propio Descartes nos dice en su discurso del método. Aquellos largos encadenamientos de raciocinios, simples y fáciles, de los cuales se sirven los geómetras para alcanzar las más difíciles demostraciones, me habían dado la ocasión de imaginar que todas las cosas de que el hombre puede tener conocimiento, se conocen del mismo modo, y que dado que se quiere aceptar por verdadera una cosa que no lo sea, y que se respete siempre el orden necesario para deducir una cosa de otra, no habría ninguna cosa tan difícil a la que no se pudiera llegar, ni nada tan oculto que no se pudiera descubrir.

La aspiración de establecer un método infalible que garantice la corrección de las conclusiones sólo tiene sentido si se comprende qué concepción del saber humano tenía Descartes. Para él, la sabiduría humana es la que da por resultado los avances en las distintas ciencias. En el campo de tal o cual ciencia específica caben avances, pero la sabiduría humana es siempre la misma, inalterable aunque se aplique a objetos diferentes.

De la misma manera, siguiendo su propio ejemplo, que el sol no se modifica por los objetos que ilumina. En efecto, esta es una verdad fundamental de la filosofía cartesiana. La sabiduría está dentro de la propia razón humana.

Es un ataque frontal al punto de vista aristotélico, según el cual el saber es una acumulación de conceptos a partir del contacto de la mente con la realidad. Con esta concepción y aplicando su método es como la primera certeza. Pienso, luego existo.

Es decir, existo yo pensando, existo yo y mis pensamientos, pues el pensamiento es lo único inmediato para mí y por eso no me ofrece duda alguna. Aunque los pensamientos del hombre fueran todos ellos falsos, lo cierto es que tiene pensamientos. Esta es la primera respuesta metafísica de Descartes.

A la pregunta ¿Quién existe? responde Descartes. Existo yo y mi pensamiento. Eso es lo que existe de forma indudable.

El presupuesto indudable para el realismo de que existan las cosas también es dudoso. No niega Descartes la realidad de un mundo exterior objetivo. Lo que niega es que en él se halle la certeza.

El mundo exterior es dudoso para el sujeto, pues pueden sus pensamientos engañarle. En cualquier caso, el mundo es una realidad derivada, no primaria. Las cosas deben ser pensadas como derivadas del yo.

Con ello inaugura Descartes el idealismo moderno. El gran problema que inmediatamente se le plantea al idealismo cartesiano, como a todo idealismo, es cómo extraer del yo y el pensamiento la realidad del mundo, y si tal cosa es posible. Descartes es en este problema optimista y afirma que el pensamiento humano es capaz de asumir toda la realidad diferente del propio yo.

Si se emplea rectamente el juicio, éste no puede engañarlos. Con ese ejemplo recto del juicio, establece pruebas de la existencia de Dios como ser perfecto que no puede engañarnos y que fundamenta la evidencia. Dios es garantía de la verdad.

Todo contenido del pensamiento que se presente al hombre como evidente puede ser establecido a su vez como indudable. A partir de esta garantía establece Descartes la existencia de la sustancia corpórea. Dios le ha dado, según el propio razonamiento de Descartes, la inclinación a creer que las ideas le son enviadas por las cosas corporales.

Por tanto, tal cosa debe ser considerada como evidencia. Por tanto es preciso creer que hay una sustancia corpórea, res extensa, con cualidades diferentes de la pensante, res cogitans. Debe admitirse la existencia del cuerpo.

La sustancia corpórea sólo tiene una cualidad, la extensión. Hasta aquí nuestra explicación de Descartes. No ha pretendido ser completa pues para ello cuenta el alumno con el texto donde puede estudiarlo.

Hemos pretendido explicar sólo la primera fundamentación del idealismo moderno. Sólo nos queda destacar el optimismo de la doctrina cartesiana que afirma que el mundo puede ser conocido sin salir del sujeto. Con él se ha abierto la corriente racionalista, la fe ilimitada en el poder de la razón humana para conocer que hemos pretendido presentar como fruto natural de la crisis filosófica moderna.